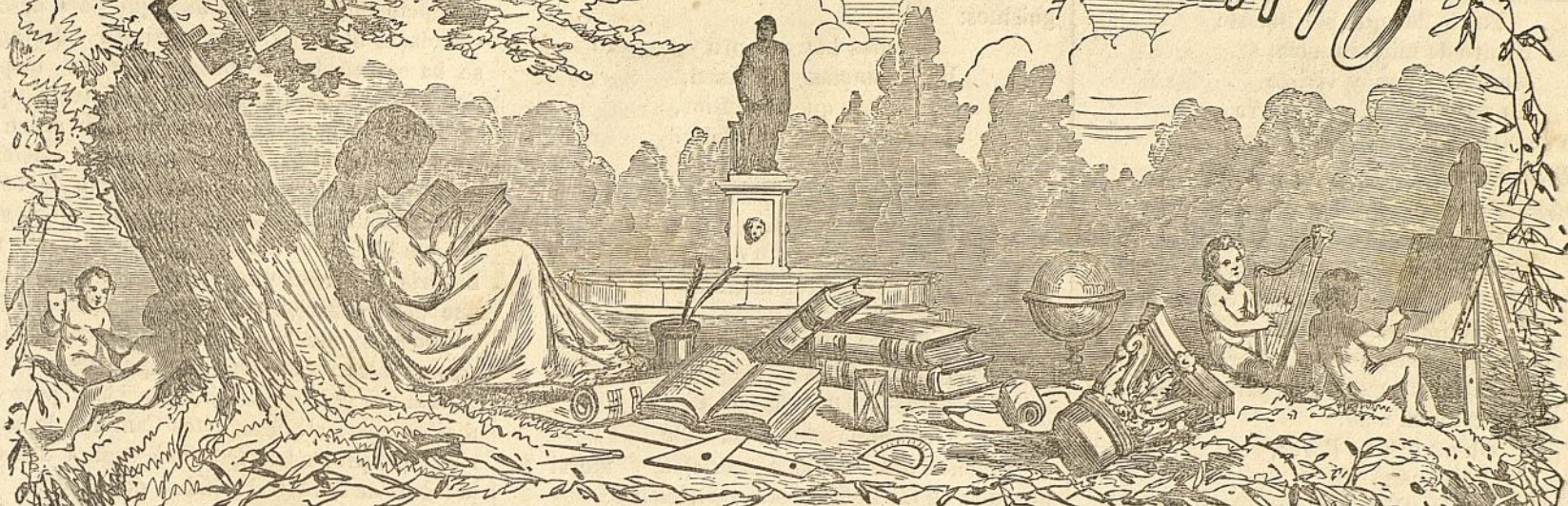


EL MUSEO LITERARIO



PRIMEROS SUSCRITORES: SUS Magestades y Altezas.

AÑO III.

17 Junio 1866.

NÚM. 24.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes.
—18 trimestre.—54 seis meses.—66 año.

EN PROVINCIAS

SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.

Tres meses, 24.—Seis, 42.—Año, 80.
ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-
RICO. 6 pesos año.

AMÉRICA Y ASIA. 8 á 15 pesos año.

POR COMISIONADO.

Tres meses, 28 rs.—Seis, 46.—Un año, 84.
ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO,
RICO. 7 pesos.
AMÉRICA Y ASIA. Un año, 9 á 14 pesos.

REDACCION.

Congregacion, 1, 2.º, Valencia.

ADMINISTRACIONES.

MADRID: Capellanes, 10, principal.
VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º
HABANA: D. Benito G. Tanago.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administraciones principales en Madrid,
Valencia y la Habana.

PROVINCIAS.

Casa de los corresponsales y adminis-
tradores de correos.

A los pedidos se acompañará el importe.

No se sirve suscripcion cuyo importe no
se haya satisfecho.

Los números sueltos se venden á 4 rea-
les uno.

SUMARIO.

Cantares de D. Melchor de Palau, por D. Rafael Ferrer y
Bigné.—A las ruinas de Itálica. Oda, por D. José Lamarque de
Novoa.—Dos días en el desierto de las Palmas, por D. Do-

mingo Andrés y Sinisterra.—El Mundo (continuacion), por
D. J. S. Carrasco.—Una visita á Mr. de Lamartine, por don
Antonio Vinajeras.—Despedida de los distinguidos artistas se-
ñora Spezzia y Sr. Aldighieri y Selva, por D. G. Flores.

Grabados Berlin.—El Rey de Prusia en Tempelhofer-
Feld, pasando revista á los regimientos antes de su partida.—
24 de Mayo.—Visita general de Mesina.

CANTARES

DE

D. MELCHOR DE PALAU.

La literatura popular es la que priva.

La égloga, el idilio y el género pastoril en ge-
neral, inventado y cultivado por poetas cortesa-
nos, nunca estuvo tan en boga como en los siglos
y en las sociedades mas distantes del estado de
naturaleza á que en versos y prosas se rendia
culto; y tal vez por la misma razon, en nuestros
tiempos en que la reflexion, como elemento lite-
rario reemplaza á la espontaneidad, y en nues-
tras sociedades en que improvisadas aristocracias
de todas las clases reniegan del pan-popularismo
democrático, tal vez por la misma razon, repeti-
mos, y sin duda por la misma causa de aquel fe-
nómeno, se ha hecho de moda la literatura popu-
lar, especialmente entre las gentes de buen tono,
por lo mismo que les es mas estraña y desco-
nocida.

Valera se ha aprovechado de ella para sus
Cuentos; Fernán Caballero la ha invocado en sus
Cuadros; Trueba la ha idealizado en el campo y la
aldea; García Gutierrez la ha levantado en la
Academia, y resultado de ello ha sido que los co-
piladores se afanan en recoger canciones anti-
guas, y los poetas componen cantares nuevos,
cuyo mérito principal consiste en copiar é imitar
los cantares, que, como cosa de nadie, andan de
boca del vulgo.

El anónimo tiene ante la opinion cierto miste-
rioso ascendiente que no carece de magia y atrac-
tivo.

Sea efecto de curiosidad no satisfecha, ó de
instinto de la naturaleza humana, es lo cierto que
esta suele mirar con veneracion y respeto algunas
cosas, cuyo origen no conoce, y en la necesidad
de suponerles un autor, siempre les atribuye el
mas digno.

Por eso al oír ingeniosos cantares, tanto mas
nos admiran, cuanto su origen es mas oculto é
ignorado, y en vez de atribuirlos á algun coplero,
se dice que son obra de un grande poeta, el
pueblo.

El pueblo, sin embargo, no es ni ha sido poe-
ta. El pueblo canta, por ejemplo:

«Al alma del negocio
Va todo el mundo,
Y al negocio del alma
No va ninguno.»

Y al repetir estos conceptuosos versos y este
juego de palabras, no hace mas que apropiarse lo
que ignora de quien sea, pero que ha oído repe-
tidas veces.

Sin embargo, así como al contemplar una
gruta, que ignoramos sea hechura de un artífice,
nos complace decir que es obra de la naturaleza,
así al oír un cantar cuyo autor desconocemos, nos
lisonjea decir que es obra del pueblo.

El pueblo, así considerado como poeta, tiene
también su amor propio de artista, y no acoge de
buen grado, sino lo que se le hace creer que es
obra suya. El anónimo cantar en que esto su-
ceda ha hecho ya su fortuna, y sin necesidad de

fijarse ni reproducirse por medio de la prensa,
vivirá en la voz del pueblo más que los efímeros
libros de nuestros días.

Este es, pues, el defecto capital de los libros
de cantares, que ahora se han hecho de moda,
con el nombre del autor á la cabeza, y en cada
una de sus páginas, invocando el derecho de pro-
piedad, como quien dice: «Este libro es propie-
dad de su autor, quien perseguirá ante la ley á
quien, etc. etc.»

El pueblo, que no gusta de libros, y que es
demasiado temeroso de la justicia y acatador de
la jurisdiccion para que no le hagan efecto tales
amenazas y derechos exclusivos, ni lee ni compra
el libro, ni mucho menos lo reproduce en los
siempre vivos caracteres de la tradicion, de ma-
yor publicidad y fama que los caracteres de im-
prenta.

No podemos, pues, tener fé en la profética
asercion del Sr. Cañete, en el elegante y erudito
prólogo que precede á los cantares de Palau, cuan-
do dice: «No pasará mucho tiempo sin que todos,
ó la mayor parte de ellos, corran de boca en boca
por las poblaciones de nuestra Península y por las
que hablan todavía la sonora lengua de Cervantes
en uno y otro hemisferio.»

Todavía no hemos oído cantar una sola vez las
seguidillas del poema de Espronceda, y eso que
son la popularidad misma en su fondo y forma.

Por si lo mismo sucede con los mas clásicos
versos de Palau, y no se oyen cantar por esas
calles y plazas, como el Sr. Cañete indica, no
queremos retardar por mas tiempo á nuestros
lectores el gusto de conocer algunos de estos be-

llos Cantares, que no conseguirán tal vez la popularidad, pero que han conquistado para su autor el renombre de poeta.

Véase si no lo merece el que sabe espresar poéticamente estos delicados pensamientos:

Fuiste flor que perfumaste
El aire de mi existencia;
Mas fuiste flor, y viviste
Lo que una flor en la tierra.
No de otra suerte dijo Malherbe:
Et rose elle a vecu ce que vivent les roses.

¿Queréis ver continuada la elegía?
Cada ángel mas en la gloria
Es del mundo un ángel menos;
Que al tiempo que aquí le entierran
Le bautizan en el cielo.

Como complemento de este género, solo citaremos los siguientes versos, que parecen escritos sobre lo tumba de un niño:

¡Oh madre, no llores,
No llores así!
Un hijo perdiste, más tienes un ángel
Que vele por tí.

¿Quién al leer este cantar no lo imagina, mejor que en la boca del pueblo, sobre la losa de un sepulcro? Lo conocido y comun de su pensamiento, repetido en tantos epitafios, no arguye, sin embargo, la falta de originalidad en el poeta, pues sabido es el precepto *non nova sed nové*.

La musa que inspira á Palau no está reñida, á pesar de sus pretensiones de popularidad, con los poéticos modismos de los clásicos castellanos del siglo de Oro:

Oí que quien siembra coge,
Y no dí paz á la mano;
Sembré dichas y esperanzas,
Y recogí..., desengaños.

¿Quién no reconoce en ese cantar de Palau un verso de Fray Luis de Leon?

Muestra del lirismo clásico es tambien el siguiente:

Arroyo, que tan de prisa
Te diriges hácia el mar,
Espacio caminarias
Si supieses donde vas.

No nos detendremos en buscar estos rasgos que se deslizan involuntariamente de la pluma del poeta. Sus Cantares son un conjunto de sus naturales aspiraciones y de sus espontáneos pensamientos, pero que demuestran en la forma el refinado gusto, producido por el estudio de los diversos géneros literarios.

La poesía bucólica y piscatoria, el madrigal y el epigrama hallan respectivamente su manifestación en las siguientes composiciones:

Pastores que preguntais
Las horas á las estrellas,
Preguntadles si algun día
Veré el fin de mis tristezas.

De la mar en las playas,
Junto á las olas,
Te encontré, hermosa niña,
Cogiendo conchas;
Entre la arena,
Tú una concha buscabas.....
Yo hallé una perla.

De tanto mirarme en tí,
Como tú me estoy volviendo;
Que si el mar es tan azul,
Es de mirar tanto al cielo.

Ojos azules tienes,
Color de cielo;

Tu corazon es rojo,
Color de infierno.

Si buscamos máximas y pensamientos morales y religiosos, encontramos algunos, como los siguientes:

Muchos hay que oro y mas oro
En amontonar se afanan,
Sin pensar que para Dios,
Toda esa moneda es falsa.

No niegues su pan al pobre
Que de puerta en puerta llama;
Quizá te enseña el camino
Que tú seguirás mañana.

No cubras nunca de flores
Los sepulcros de los muertos;
Eleva en ellos plegarias
Que son las flores del cielo.

El gérmen del apólogo filosófico y moral se bosqueja en las siguientes composiciones:

Dijo un sábio: «Yo no páro
Hasta encontrar la verdad:»
Y en los brazos de la muerte
Vino por fin á parar.

Por la senda de la vida
Vamos tropezando siempre;
Y al fin y al cabo caemos
En la fosa de la muerte.

Dios, con rodear de espinas
Las rosas de los rosales,
Nos enseñó que lo bueno
Se logra á fuerza de sangre.

¿Dónde está, pues, la verdadera poesía popular de estos cantares? No es difícil reconocerla en la forma y en el fondo de los siguientes:

Tú estás rie que rie,
Goza que goza;
Yo estoy sufro que sufro,
Llora que llora.

En el cementerio entré,
Y dije á un sepulturero:
«Abre un hoyo pequeñito
Para un corazon que ha muerto.»

Para volar nace el ave,
Para perfumar la flor,
Para morir nace el hombre,
Para amar el corazon.

No podemos resistir el gusto de copiar estas dos bellísimas cuartetas, que si de algo pecan como cantares, no es por cierto por falta de conceptuosas:

Yo soñé prenda del alma
Que me encontraba á tu lado;
Más al sentir tanta dicha,
Soñé que estaba soñando.

Procura no despertarme
Cuando me veas dormir,
No sea que esté soñando,
Y sueñe..... que soy feliz.

Mas difícil es de lo que realmente se cree este género de composiciones, si han de ser la expresión espontánea y genuina de los sentimientos del pueblo, en la forma característica de su poesía peculiar.

Los Cantares de Palau son la expresión algun tanto ingenua y algun cuanto artificiosa de senti-

mientos íntimos, pero individuales. Si nos aviniésemos con los términos filosóficos de moda, tal vez pudiéramos decir que el motivo de los Cantares de Palau es perfectamente *subjetivo*.

Algun escritor de la corte, haciendo uso del escalpelo de la crítica, más que para descubrir cualidades literarias, para averiguar vidas ajenas, se ha empeñado en buscar á estos dispersos Cantares la unidad de una tierna historia, que ha tratado de reconstituir, dándoles un orden diferente del del libro, para suponer una ilación lógica, que su autor tuvo el buen tacto de ocultar.

No contribuiremos á individualizar el asunto de este librito, viendo en él un poema, una tierna historia ó el corazon de su autor, pues creemos que generalización es lo que necesitan sus Cantares sueltos, incoherentes, sin ilación ni sistema para merecer el nombre de populares.

Tal vez exageremos nuestra idea; pero creemos que para alcanzar estos Cantares la popularidad que pretenden, todavía les sobra dos cosas: la forma de libro y el nombre del autor.

Confirman nuestra idea las siguientes palabras que el mismo Sr. Cañete ha escrito á propósito de tales Cantares.

«Vivos en la memoria del pueblo, dice, cuando el oleaje de los tiempos *haya hecho desaparecer las hojas frágiles y perecederas en que ahora salen á pública luz*, no faltará quien los tenga por hijos legítimos de la musa popular, *e ignorando el nombre de su verdadero padre*, los atribuya discretamente al ingenio desconocido y siempre oculto que se inspira de sus propios sentimientos.

Entre tanto, el librito de Cantares sirve de selecta lectura en los elegantes gabinetes de nuestras grandes poblaciones, como el género pastoral servia para hacer las delicias de los mas aristócratas cortesanos.

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

Á LAS RUINAS DE ITÁLICA.

ODA.

.....¡Cuánto es sublime
La voz de los sepulcros y ruinas!
(Heredia.)

Cuando Roma triunfante
Cual señora del mundo aparecía
Y su poder omnimodo estendía
Desde las playas del soberbio Atlante
Hasta el jónico mar, ciudad famosa,
Azábase potente
Del Bétis en la márgen deliciosa,
Ostentando orgullosa
Ceñida de laurel su altiva frente.
Templos, palacios, termas,
En su estenso recinto
Grandiosos se elevaron,
Y de sus hijos el saber, la gloria,
En himnos de victoria
Entusiastas los pueblos aclamaron.

¡Oh Itálica! eras tú; tú que en ruinas
Hoy trocada te ves, y triste lloras,
Y al suelo á tu pesar la sien inclinas,
Y al tiempo en vano compasión imploras.

En vano, sí: con implacable saña
Ráudos en tí los siglos imprimieron
Sus huellas destructoras,
Y en polvo tus grandezas convirtieron.
Preciada joya de la madre España,

¿Qué es de tu antiguo nombre y poderío?
 ¿Dó las torres están, dó el fuerte muro
 En que tus hijos, con ardiente brío,
 Las agresoras huestes resistieron
 Del soberbio Varrón? ¿Dónde el ruidoso
 Pueblo, que en tu recinto se albergaba,
 Y al héroe victorioso,
 Y al atleta invencible
 Con fervido entusiasmo saludaba?
 ¡Ay, que ya ante mis ojos
 Con funerario velo te presentas
 Y abandonada y muda solo ostentas
 De tu poder los míseros despojos!

Empero, ¿quién al verte
 En tu mismo sepulcro no te admira?
 ¿Quién tu inmortal renombre y tu grandeza,
 Triste no evoca y con dolor suspira?

Aun lo recuerdo bien: en apacible
 Noche, con paso incierto,
 En torno tuyo con afán vagaba;
 Y ora tu anfiteatro ya desierto,
 Ora tus rotos, abatidos muros,
 Con pavor en silencio contemplaba.
 En lánguido desmayo,
 La luna se inclinaba soñolienta
 Sobre tu faz lanzando, macilenta,
 Desde Occidente moribundo rayo.
 Trémulo ante la calma aterradora
 En que sumida estás, por un momento
 Honda ansiedad mi corazón devora....
 Mas de improviso en mi delirio creo
 Que aun el génio romano en ti palpita,
 Y al pueblo todo entusiasmado veo
 Que de una sombra en derredor se agita.
 ¡Trajano! es él: sobre su augusta frente
 Deslumbrante corona altivo muestra....
 Su faz revela su saber profundo,
 Y el cetro que glorioso rige al mundo
 Severo empuña con potente diestra.
 «Salud, ¡guerrero ilustre! Conducido
 Tu carro siempre fue por la victoria:
 Por ella te encumbraste al Capitolio,
 Que el pueblo-rey al admirar tu gloria
 Puso á tus pies su ambicionado sólio,
 ¡Salud!»

Mas ¡ah! que en breve en su camino
 Con mesurada planta,
 Otro guerrero insigne se levanta,
 Y otro cercado de esplendor divino.
 De él caminan en pos, ambos ciñendo
 Sobre sus sienes la imperial corona,
 Y al contemplarlos, con ruidoso estruendo,
 Cantos de amor la multitud entona.
 «Salud, ¡Elio inmortal! y tu benigno
 Magnánimo Teodesio, que anhelante
 En alas de la Fé tendiste el vuelo;
 ¡Gloria eterna á tu nombre!
 Por tu virtud, por tu ferviente celo
 La sacrosanta religion, triunfante
 De la ciega impiedad, se alzó en el suelo.»

Así exclamé: y aun escuchar creía
 En la region del viento,
 El entusiasta, prolongado acento
 Del pueblo que á sus héroes aplaudía,
 Cuando á mi vista súbito aparece
 Turba fatal, que desbordada y fiera,
 De Iberia por los campos se derrama
 Sembrando destruccion en su carrera.
 A la siniestra, vacilante llama
 De sus negras antorchas,
 ¡Oh Itálica! te miro,
 Y mi angustiado pecho
 Exhala de terror hondo suspiro.
 Nada resta de tí. ¡Ay! ¿Qué se han hecho

Tus jardines, tus templos y palacios?...
 El ángel de la muerte
 Batiendo sobre tí sus negras alas
 Goza tal vez al contemplar tu suerte:
 Y al ver perdidas tu belleza y galas,
 «Itálica no existe,» dice al viento,
 Y pavoroso y triste
 El eco que en tus ámbitos se esconde,
 «Itálica no existe.»
 A su acento fatídico responde.

¡Ruinas!.... ¡Soledad!.... El tiempo vuela,
 Y sigues en el polvo reclinada.
 «¿Muerta ya para siempre abandonada
 Verás que el claro brillo de tu nombre
 Entre las sombras de la edad se pierde,
 Sin que al hollarte indiferente el hombre
 Tu pasado esplendor jamás recuerde?»

Dije: y con paso tardo ante mis ojos,
 Ser misterioso en breve se presenta,
 Que respeto y amor al alma inspira.
 Lauro su sien inmarcesible ostenta,
 Pulsa su mano resonante lira;
 Y dando en son doliente
 Su voz al aire vago
 De Itálica recuerda conmovido
 Cuánta fue la grandeza y es su estrago.

¿Quién eres génio ilustre, que perdido
 Vagas por estas yermas soledades?
 ¿Eres Silio tal vez, Silio que ahora
 De su helado sepulcro se levanta
 Y la ruina de su patria llora,
 Y el infortunio de su pueblo canta?
 ¡Ah! no: Silio la guerra
 Enalteció y sus bárbaros horrores....
 Tú cantas el dolor, y tu voz grave
 Es plácida y suave
 Como el áura que gime entre las flores.
 ¡Salve, Rioja insigne,
 Vate sublime de la patria mía!
 A tu poder *Itálica famosa*,
 Levántase del polvo del olvido,
 De nuevo apareciendo victoriosa.
 Su preclaro renombre, que perdido
 De largos siglos tras la noche umbría
 Quedaba de la suerte al golpe rudo,
 En tus cantares con amor le ofreces:
 ¡Salve, salve mil veces!
 «Inspirado cantor, yo te saludo.»

Mas súbito volviendo
 Del letargo fatal que me embargaba,
 Alzarse miré el sol, que desde Oriente
 En roja luz bañaba
 En vivos rayos mi cansada frente.
 «Adios, adios quedad, míseros restos
 De la ciudad que un día
 Emporio fue de la soberbia Roma.»
 Dije de tí alejándome, abismado
 En profunda y tenaz melancolía,
 Y desde entonces tu tremenda historia,
 Fija siempre en mi espíritu agitado,
 El fin me muestra de la humana gloria.

Sevilla.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

DOS DIAS

EN EL DESIERTO DE LAS PALMAS.

25 y 26 de Mayo de 1866.

Hay sitios tan amenos y deliciosos en la hermosa haz de nuestro globo, que el gentilismo los

creyó morada especial de algun Dios, ó guardados para los misterios de las silvanas driadas.

El cristianismo, sin participar de esta absurda y supersticiosa predileccion, los eligió para tributar culto al Dios de paz y amor, por medio de las mas austeras y santas virtudes.

Los acogidos en ellos en bien de la sociedad que abandonaban para amarla sinceramente en la fuente de todo puro y recto amor, desmontaron terrenos incultos, secaron pantanos, construyeron calzadas, encerraron en su cauce los rios, levantaron puentes, y en muchas de aquellas regiones, que habian pasado por una nueva especie de diluvio universal, hicieron lo mismo en cierto modo, que ejecutaban los primeros pobladores, cuando comenzaron á devolver á la desfigurada tierra su aspecto primitivo.

Una parte considerable de Europa no habia recibido nunca la cultura de la mano del hombre. Los bosques, los rios, los lagos, las malezas de todas clases, se hallaban en bruto, tales como las dejara la naturaleza. El catolicismo, pues, plantó acá y acullá viviendas de hombres abnegados y laboriosos por elevado deber, sufridos, y perseverantes, que pueden considerarse como los perfectos centros de accion, que tienden á establecer las naciones civilizadas en los países nuevos y grandes comarcas de terreno fértil é inculto, cuya faz se proponen cambiar por medio de numerosas colonias.

Nuestra península no fue por cierto la nacion menos favorecida por esta benéfica influencia; y en la vecina provincia de Castellon de la Plana, se conservan todavía admirables y muy integros vestigios de ella.

Nosotros que al descubrirlos desde la via plácida y bellamente esparcidos sobre caprichosos y gigantescos montes, abandonamos la rápida locomotora en el pueblo singularmente favorecido por el valenciano generoso, sábio é insigne patricio y arqueólogo Perez Bayer (1) para visi-

(1) Benicásim. El Ilmo. Sr. D. Francisco Perez Bayer, natural que fue de Valencia, canónigo arcediano de su Metropolitana, preceptor de los infantes, bibliotecario mayor de la biblioteca Real y autor de varias muy apreciables obras, costeó la bella iglesia de este pueblo de orden jónico, magníficamente pavimentada de mármoles blancos y oscuros, consiguió el establecimiento de su parroquia y las mismas gracias que la basílica de San Juan de Letran de Roma, de que disfruta, sin que nada costase á sus habitantes que antes no tenían, y dotó á su párroco con cuantiosos bienes suyos. Todos estos hechos y su fecha, omitiendo su modestia el nombre del autor, los consignó elevada y elegantemente en la lápida é inscripcion siguiente que se lee en el frontispicio de la iglesia:

Patri misericordiarum
 Deo totius consolationis
 Qui dat omnibus affluent
 Ex ejusdem munere.

(S.)

In honorem
 B. Toma Villanovani,
 Archiepiscopi valentini
 Pauperum patris.
 Opus incep. XI Mayi
 MDCLXIX
 Absolut. sine noxa exenute
 MDCLXXVI.
 Dedicatum XXIV Nov.
 MDCLXXXI.
 Patroch. inst. XXXI Dec. MDCCXC
 Apost. anth. Reg. ind. gratul.
 Mag.

«Al Padre de las misericordias, Dios de todo consuelo, quien da á todos abundantemente de su propia bondad ó generosidad. Y en honor de Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, padre de los pobres. La obra empezó en 11 de Mayo de 1769. Concluyó felizmente al espirar el 1776. Se dedicó en 24 de Noviembre de 1781. La parroquia fue establecida en 31 de Diciembre de 1790, con autoridad apostólica y Real, y por ello con grande alegría ó aplauso.»

Perez Bayer murió en esta ciudad en 27 de Enero de 1794, siendo inhumado su cadáver en la capilla de Santo Tomás de Villanueva de la iglesia Metropolitana. A sus espensas se hicieron las estatuas de Santo Tomás de Villanueva de mármol, que está en el patio del palacio arzobispal, escultura de Esteve, de notable mérito, y la de San Vicente Mártir de plata, que es la mayor que se lleva en andas en las procesiones de aquella iglesia. Viviendo y estando en completa salud donó tambien su numerosa y selectísima librería á la Universidad literaria, la cual visitaba despues con frecuencia, derramando lágrimas de ternura y alegría al ver cómo el público estudiaba y leía sus libros, que él consideraba como un capital de conocimientos que debia facilitarse.



BERLIN.—El Rey de Prusia en Templhofer-Feld, pasando la revista á los regimientos antes de su partida.—24 de Mayo.

VISTA GENERAL DE MESINA.

VISTA GENERAL DE MESINA.



tarlos desapasionadamente en compañía de nuestros queridos y apreciables amigos D. José Cerdá, presbítero, y D. Joaquín Salvador y Lafiguera, nos sentimos irresistiblemente impulsados á tributarles un pobre recuerdo de justa admiración y gratitud, por mas que estos sentimientos hácia aquellos asilos no sean generales en la época actual, que tanto de ilustrada y libre blasona.

El monasterio de las Palmas, al que nos referimos, se levanta severo y sencillo poco antes de llegar á Benicasim, en el centro casi de una accidentada y fragosa soledad ó desierto, conocido con aquel nombre, y sobre la meseta de la falda de una cadena de altas montañas, cubiertas de seculares y verdes pinos que lo circuyen por todas partes, excepto por el Este.

Los flancos de la quieta y frondosa cordillera se aproximan tanto al mar, que en los cristales de sus límpidas y argentinas aguas en tiempo de calma, se retrata su verdura, agrupando á la izquierda cinco cumbres en forma de agudas puntas ó picos (2), y á la derecha, coronados por un castillo feudal y torre ó atalaya, (3) como para dirigir y encauzar sus frescas y suaves brisas y dar vistoso, solitario y variado término á la cuenca.

Frente á esta, y al convento, se ven continuamente bogar ó surcar multitud de botes, lanchas y barcos de pesca y otros de mayor porte, que, á pesar de lo henchido de sus blancas velas, parecen detenerse ansiosos de contemplar y disfrutar el reposo, paz y bonanza que en aquella se esconden.

Una espaciosa y larga calle formada por tupidos y agudos ciprises y pilares, donde están pintados con bastante corrección y buen colorido sobre finos azulejos, las estaciones del Via-cruce y los dolores de María, precede á la entrada del edificio por Mediodía. Delante de ella se destaca un circular pórtico coronado por la imagen de San Elías. En sus paredes interiores se leen multitud de piadosos versos, alusivos á la vida religiosa que allí se practica, compendiando sus principales conceptos, los siguientes escritos sobre el dintel de la puerta, y debajo de Santa Teresa de Jesús.

Hermano, una de dos,
O callar, ó hablar con Dios,
Que en el yermo de Teresa,
El silencio se profesa.

La arquitectura y distribución interior de este religioso asilo, aunque muy sencilla, cual si fuera pálida reminiscencia de la griega, en la que las enormes masas parecían ligeras, las mas ligeras eran de una solidez increíble, cada orden un idioma, cada templo un poema, cada edificio su ritmo, es la expresión viva del pensamiento de aquellos versos. Dos sombríos y silenciosos claustros, uno bajo y otro superior, adornados sus blancos lienzos con muchas devotas pinturas al óleo, algunas de mérito, y raros, grandes y preciosos grabados, dan secreto y único paso á la morada del Señor, y á la de trece virtuosos y amables religiosos de la reforma de Santa Teresa de Jesús, ocho presbíteros y cinco legos, que allí hoy se albergan.

El templo es de una sola nave con principios ó arranques de otra para completar el sosten de su cúpula. En el presbiterio hay un sencillo retablo de un solo cuerpo, compuesto de nicho, dedicado á la trasverberación de Santa Teresa de Jesús, dos columnas embebidas en la pared, y cornisa con remate de orden jónico.

En los testeros de los cuatro arcos torales sobre que se apoya la cúpula, se cuentan cuatro retablos mas, que son todos los de la iglesia, del

mismo orden y gusto, y en los que se veneran las imágenes de la Virgen del Carmen, San José, San Elías y San Juan de la Cruz. Al pie está la sacristía; encima de ella el coro, y un organito aislado de cañas, que melancólico acompaña á los enfáticos y graves cánticos de los religiosos en aquella soledad.

Este templo no es mas que el centro ó matriz de nueve pequeñas iglesias y varias rústicas y arqueadas cuevas, esparcidas pintorescamente en las amenas, deliciosas y quebradas faldas de los elevados montes que rodean el convento, en cuyos poéticos ermitorios se veneran la Virgen de los Desamparados, la del Carmen, Santa Teresa de Jesús, San José, el nacimiento y San Miguel, intactos; destruidos la Virgen de Monserrate, San Juan Bautista y San Elías; y en las grutas, San Pablo, primer ermitaño, San Franco, San Alberto, Santa Eufrosina, Santa Eufrosina, Santa María Magdalena, Santa María Egipciaca, San Eutimio, San Elías y San Cariton. (4).

Cada una de estas ermitas tiene también tranquilos albergues, donde se retiraban los religiosos en determinadas épocas del año, cuando eran en mayor número, á meditar y observar con mas reflexión los milagros de la naturaleza y la gracia, y unirse mas estrechamente á su autor por medio de la santa contemplación.

Para llegar á ellos hay anchos y llanos caminos, rocas en otro tiempo, que la sabia naturaleza adorna con mil delicias, protegidos á trechos por la deleitosa y fresca sombra que dejan caer las verdes copas de los pinos, álamos, olivos y encinas, al crecer erguidos y elevarse al cielo regados por los cristalinos arroyos de las fuentes de San José y de la Teja.

Todavía se conserva en una escarpada peña de encendido rodano, cerca de la ermita de San Miguel, la antigua y tosca cueva en que se albergó y estuvo por espacio de dos años haciendo penitente y santa vida el venerable hermano Bartolomé de la Santísima Trinidad, primer poblador de aquel desierto. Nacido en Burcea, lugar inmediato á Barbastro, en 1647, después de emitir solemnes votos en los carmelitas descalzos de [Boltaña (Aragón)], salió de esta mansión en busca de un lugar retirado y solitario, adonde pudiera estender su orden. Elegido por estas circunstancias con gran acierto el que describimos, inaccesible entonces por sus altos jarales y silvestres palmas, empezó, previa cesión que hizo del terreno el dadivoso Barón de Benicasim, la edificación del primitivo monasterio.

De este que se hallaba mas bajo, y en el centro de la cuenca, sobre suelo efímero ó de acarreo, solo existe el alzado de sus destechadas paredes; el de la habitación contigua á él, edificada ó costeada por un sucesor del célebre Fr. Diego de Yepis obispo de Tarazona, confesor de Felipe II, y autor el mas elocuente, noble y castizo de la vida de Santa Teresa de Jesús, que acabó allí sus dias; y el huerto desde el cual se estienden varios campos de riego en forma de anfiteatro que dan claro y nuevo matiz al vivo verde de la montuosa arboleda.

El actual convento, cuya construcción dirigió un distinguido arquitecto religioso de la orden, fue concluido en 1788 y la iglesia en 1795.

Todo en esta soledad respira devoción, austeridad, sencillez, y esta humildad y pobreza nos elevan, sin embargo, y trasladan á una de las épocas mas gloriosas de nuestra historia, al tiempo de

nuestra clásica literatura, al siglo de oro en que florecieron los Garcilasones, los Ruedas, los Ercillas, los Herreras, los Luises de Granada y de Leon, los Mendozas, los Zuritas, los Arias Montano, los Lopez de Vega, los Marianas, los Cervantes, célebres compañeros no mas de la ilustre Santa Teresa de Jesús, con algunos de los cuales ésta sostenia santa amistad, por medio de epístolas, superiores en naturalidad y gracia, á las de Madame Maitenon y de Savigné.

Diríase que su austero, suave, humilde, amoroso é ilustrado espíritu justamente arrullado por nuestros primeros reformadores (5) ha querido encastillarse en esta fortaleza para pasar el invierno de nuestra revolución y exageraciones políticas, hasta que luzca para él la primavera de práctica y verdadera libertad que debe regir y regirá igualmente los destinos del mundo.

El punto mas culminante, divertido y propio para abarcar el risueño y grave conjunto del desierto y su amenísima situación, es la grande ermita de San Miguel, vulgarmente llamada del hermano Bartolo, colocada cual cándido y pequeño vellón de lana sobre la cima del monte, de mayor elevación que por Nordeste domina al monasterio.

Hora y media empleamos en salvar su distancia, tomando á la derecha del camino del ermitorio de Nuestra Señora del Carmen, junto á la primera gruta, una senda que por suave pendiente, y á través de bosque sombrío y de las cumbres de los montes, conduce á aquel sitio; pero aunque hubiésemos tenido que recorrer triple y mas penosísimo trecho, jamás nos hubiéramos arrepentido de nuestros esfuerzos.

Instalados por fin en él á manera de triunfo, con un sentimiento indefinible, con el inefable placer que parecia inspirarnos solo el cumplimiento oscuro é imperfecto de nuestro sublime destino y de aquel bello precepto «*cos homini sublime dedit, calumque tueri, jussit*,» descubrimos á nuestros pies y á magnífica vista de pájaro toda la soledad de las palmas, posándose sobre su verdura como tímidas y blancas tortolillas, el convento nuevo, el antiguo, las ermitas y las grutas; y los seis altos picos ó agujas de Santa Agueda y Castillo de Montorner, cual bajas colinas.

Mas allá, el mar como vasto, indefinido y refulgente Océano, reposando clarísimas en su seno plateado y azul las tres islas Columbretas; el padre de las luces que al subir majestuosamente al meridiano centelleaba inquieto su brillante vestidura sobre aquel inmenso cristal, y las olas que en su espumoso hervir llegan, huyen y vuelven sin cansarse jamás, mordiéndolo por muchos puntos sus deleznales muros en forma de grande semicírculo hácia los montes de Dénia y cabo de San Antonio (6).

A la izquierda la Puebla, Torreblanca, Alcalá de Chibert, Benicarló, Vinaroz, la caprichosa y pequeña península que forma la ciudad de Peñíscola, los Alfaques y quebrados puertos de Beceite; y al Norte y puntos cardinales intermedios San Mateo, gran parte del Maestrazgo y Aragón, la llanura de Cabanes y Benlloc, que, estrechada por dos cordilleras de montes se prolonga hasta las inmediaciones de Canet, llamándose la de Poniente sierra de Engarceran. Doblando hácia el Oeste se descubren los elevados montes de Villafames y Useras, y mucho mas lejos, cual secular y esbelta

(5) Santa Teresa de Jesús fue proclamada y votada solemnemente patrona de España por las Cortes de Cádiz, recibiendo estas por ello numerosas felicitaciones de muchos religiosos y comunidades de la orden.

(6) Ensenada junto á la torre de Benicásim en las costas de Oropesa. Bahía llamada Olla de Benicásim. Golfo de Valencia, vulgarmente llamado luna de Valencia.

(2) Llamados de Santa Agueda.

(3) Castillo de Montorner.

(4) La de San Alberto acaba de ser edificada de planta (1863) por disposición del celoso actual prior P. Miguel Boix, sobre una desmontada colina que ofrece delicioso balcón al mar y á los accidentados montes.

palma, entre pequeños arbustos, la empinada punta de *Peñagolosa*.

Y últimamente, Castellon de la Plana, Burriol, Almazora, Villareal, Burriana con sus hermosas huertas y fértiles marjales, Moncofar, Chilches, castillo de Murviedro, hasta los montes del Puig, llanura, vega y ciudad de Valencia.

DOMINGO ANDRÉS Y INISTERRA.

EL MUNDO.

II.

(Continuacion.)

Por esa gran puerta se entra en este gran mundo, donde los pájaros están prisioneros en preciosas jaulas, donde las flores son contrahechas ó viven encerradas en lóbregos invernaderos, creciendo tristemente al enfermizo calor de las estufas; donde cada jardín es un artificio, cada árbol un preso; donde la vegetación risueña y espontánea huye deteniéndose á lo lejos como una paloma espantada.

Aquí, donde apenas se ve el cielo, nublado siempre por la soberbia sombra de nuestros magníficos edificios; donde el agua huye precipitada ó salta impetuosa, como si quisiera romper las ligaduras de piedra que la contienen; aquí, donde el aire ahoga y donde la tierra es siempre ó polvo ó lodo; aquí, ¿qué habíais de hacer vosotras?

Sobre este lienzo se desarrollan los variados colores, la movable riqueza de esos pequeños mundos que cada mujer lleva á la espalda, como el saco donde el vicioso lleva sus vicios y el jorobado su joroba.

¿Abrimos uno de estos mundos?

Es tarde; la pluma se cansa, el papel se acaba, la luz se enturbia y el tiempo impaciente no quiere esperarse.

Al pie de estos renglones dejo colgada la llave de ese pequeño mundo: otro día lo abriremos.

III.

El mundo: aquí estamos todavía, parados delante de esta palabra sin atrevernos á penetrar en las oscuras sinuosidades de su sentido.

Casualmente no tenemos prisa y podemos dar aun una vuelta por su variada superficie, ó sentarnos tranquilamente en el umbral de su misteriosa puerta.

Como los alegres convidados á los ricos festines de los poderosos, detengámonos un momento y murmuraremos un rato antes de entrar.

Por la actitud humillada con que el sér humano cae en el mundo, bien puede creerse que viene arrojado, que ha caído despeñado de una gran altura en castigo de algun gran delito.

En el mismo principio de la vida está el fin, de tal manera, que es absolutamente imposible morir sin haber nacido: se nace, pues, para morir; si la vida no es un tránsito, no es nada.

En el mundo se entra de la misma manera que se sale. Nadie nace por su voluntad ni nadie muere por su gusto; no se sabe qué es lo que cuesta mas trabajo si nacer ó morir: nacemos llorando y morimos afligidos: nadie ha dicho «yo quiero nacer»; nadie tampoco ha dicho formalmente «yo quiero morir.»

El suicidio no es un hecho en contra de lo que acabo de afirmar; porque ese pensamiento desesperado no se formula así en el alma sombría del suicida.

El no dice,—aunque lo diga—«yo no quiero vivir» en la palabra desesperacion encontrareis encerrado todo el secreto de su negro pensamiento: lo que él dice es: «yo no puedo vivir.»

Así se sale y así se entra en la vida, y la vida es el mundo.

Vosotras, pobres criaturas, que vivís encerradas entre las cuatro paredes de vuestra ignorada aldea, teneis vuestras cunas al lado de vuestras sepulturas: vivís, por decirlo así, paradas al borde del cementerio, como si supierais que vivir no es mas que esperar la muerte.

Para nosotros nacer es el acto continuo de una máquina activa ocupada en surtir al mundo de esta materia elaborada que se llama humanidad.

Para vosotras nacer es un mandato divino.

Para nosotros vivir es un derecho y una grandeza; para vosotras es un deber y una prueba.

A nosotros nos sorprende la muerte como un acreedor inexorable cuya deuda no queremos pagar; vosotras recibís á la muerte como á una triste amiga cuya visita os está anunciada desde el día que naceis.

La vida es un capital que se nos entrega en la cuna: vosotras lo empleáis y nosotros lo derrochamos.

Entrar en el mundo es nacer; salir del mundo es morir; el mundo, por consiguiente, es el espacio comprendido entre el dolor de nacer y el pesar de morir.

¿Qué mundo este!

Hé aquí una exclamación que está en todos los labios; amargo reproche, triste consideración que se nos escapa en medio de nuestras ardientes alegrías.

Cae en el dulce vaso de nuestros placeres como una gota de hiel.

Esa amarga exclamación tiene tambien su dulzura.

Cuando en medio de nuestros pesares exclamamos ¡qué mundo este! es que empezamos á consolarnos.

Entonces cae esa exclamación en la amarga copa de nuestros dolores como una gota de miel.

Mas toda esta conversacion es demasiado triste para tenerla ante las puertas del mundo. Varíemos, pues, el paisaje de nuestras ideas.

¿No habeis visto alguna vez á una niña llena de viveza y de alegría correr impaciente, ágil y ciega detrás de una mariposa?

Va, vuelve; torna á ir y torna á volver: sus pies menudos y ligeros trazan sobre la tierra tantos círculos, tantas vueltas, tantos giros como giros, vueltas y círculos dibujan sobre el aire las alas casi impalpables del codiciado insecto.

Diez veces ha sentido en sus mejillas como un soplo el contacto fugitivo de aquellas alas finas como un encaje, brillante como el oro y la seda, ligeras como el aire.

Veinte veces la ha cogido y veinte veces se le ha escapado: parece un desafío á muerte: la niña ni se cansa ni cede, la mariposa ni huye ni se deja coger: hay gritos de cólera, gemidos de impaciencia y quejidos de alegría; hay pasión, hay furia, hay vértigo.

No es siempre la niña la que busca á la mariposa. muchas veces es la mariposa la que busca á la niña.

Cualquiera siguiendo con los ojos este laberinto de vueltas, de movimientos, de saltos y de carreras, esta serie de emociones, unas veces porque la coge, otras veces porque se escapa, diría con la sonrisa en los labios:

—Ved ahí una niña que juega con una mariposa.

—Cierto: dirán cuantos lo escuchen; y, sin embargo, puede ser y es todo lo contrario.

Hay muchas cosas que tienen el derecho al otro lado de aquel porque se miran, que semejan á los hombres suelen echarse la realidad á la

espalda, llevando delante la superficie, la fachada, las apariencias.

Cualquiera que caiga en esto podrá decir:

—Ved ahí á una mariposa que juega con una niña.

Entre tanto la niña sigue invencible y la mariposa incansable.

Llega al fin un momento que parece decisivo.

La mariposa ha tomado espacio y elevándose hasta las copas de los árboles se ha perdido entre el follaje oscuro y espeso.

La niña suspensa la busca con sus inquietas miradas y no la encuentra. De pronto la ve venir silenciosa y cauta por debajo de las ramas como si quisiera sorprenderla.

Sus alas ya azules, ya carmesíes relampaguean en la sombra llenando el aire de caprichosas aguas de todos colores, se agita temerosa como una llama de nácar, de púrpura y de oro.

La niña abre sus brazos para esperarla, abre sus ojos para no perder ni uno de sus movimientos, y abre sus labios sonrosados para decirse á sí misma: «esta vez no se me escapa.»

J. S. CARRASCO.

(Se concluirá.)

UNA VISITA

Á MONSIEUR DE LAMARTINE.

La Francia es el país de los prodigios: el verdadero cerebro creador del mundo: la Francia, como un gran cilindro de cosmorama, va presentando siempre cosas que suspenden el ánimo, novedades que pasman, sin que sea dado explicar este privilegio de ser fecunda en todo, de ser protegida visiblemente por el cielo.

Cuando la Francia quiere grandes poetas, nacen Corneille, Racine, Voltaire, Boileau: si grandes oradores, se levantan Vergniaud, Bossuet, Mirabeau, Bourdaloue: cuando pide grandes monarcas, aparecen Francisco I, Enrique IV, Luis XIV: si desea mujeres insignes, sonrien en el cuadro de la Francia, Sevigné, Rolland, Corday, Staél, Sand: si pide sublimes químicos, Lavoysier y Dumas: si profundos astrónomos, Laplace y Monge: si creadores en cirugía, Paré, Petit, Dupuytren, Deldeche: si hombres inesplícables, Rousseau y Diderot: si épocas grandes, la revolución francesa y la época actual: si academias, presenta su instituto nacional; y si un hombre, compendio de todo, arroja al mundo á Napoleón I.

* *

No tienen todos los países esa felicidad, ni por consiguiente esa historia. No es extraño que esa nación singular, conjunto de lo inmenso y lo pequeño, de sonrisa y lágrimas, de arco-iris y lluvia, de hombres como Víctor Hugo, el gran poeta, y Mangin, el charlatan mercader de lápices, brille de un modo tan escepcional, y tan indescifrable á los ojos de los demás países.

En Francia todo se hace riendo.—Ricord penetra en las noches lúgubres de la patología, lanzando una lluvia de agudezas; Velpeau hace reir en medio de sus profundas esplicaciones; Nadar se arroja á los aires con doscientas personas, y escribe luego una carta, fechada en las nubes, carta que obliga á reir á la Europa; los soldados franceses, en Solferino, llevaban en su mayor parte, falderitos que acariciaban entre el humo de la artillería; y de esta manera, chanceándose entre loretas, escribía Musset sus inmortales versos, Dumas sus novelas, y más de un sabio en ciencias sus admirables investigaciones.

Dotados en general de una palabra fácil, armados de la sonrisa mas maliciosa del mundo, oportunos en el chiste y volubles como el aire, los franceses han llegado á empuñar el cetro de las ciencias, de las modas, de las letras, de charlatanismo, de la guerra y de cuanto desvela al espíritu del hombre. Quien no haya nacido con esa índole de transición rápida en el carácter, quien no sepa ó no pueda trabajar y cantar, fumar y reír al mismo tiempo, no podrá vivir entre los hijos de la Atenas moderna, ó bien vivirá aislado con el tedio en el alma. Algunos extranjeros, sea por carácter innato, ó por carácter oficial, han llegado á hacerse franceses en la manera de comprender el vivir en el mundo, Rossini es una prueba patente de lo que decimos. Una palabra de M. de Lamartine esplicó en cierta ocasion el carácter de todos los franceses. Dijo, con la voz de los grandes inspirados:

«Messieurs, la France s'eunie.»

Teníamos un deseo vivísimo de conocer al ilustre hombre que recibió á Victor Hugo en la Academia francesa, con aquellas notables palabras de que «una Academia recibia á otra,» haciendo por ellas, de un hombre eminente una grande academia rival; queríamos conocer al fastuoso viajero del Oriente, al aristocrático habitador de la calle de la Universidad, al poeta representante del pueblo, al autor de aquellas frases que contuvieron toda una revolucion, al favorito de Delina Gay y de Graziella, al padre de Julia y cantor enérgico de Byron. Sin embargo, doloroso es decirlo, íbamos á sorprender en su ocaso al admirable escritor; íbamos á ver la noble frente de M. de Lamartine, no tersa y despejada como antes era, sino cargada de nubes y ruborizada de los pérfidos juegos del destino. Napoleon III, en el apogeo de su gloria; Hugo, en el destierro; Thiers, en el aislamiento; Guizot, en la oscuridad; la antigua nobleza francesa, en el barrio de San German ó espatriada; Dumas, sin sus amigos y protectores los Orleans; la Academia francesa, murmurando en voz baja, en sentido anti-bonapartista, y en suma, asediado por sus acreedores, debiendo millones, hundido, finalmente, el brillante autor de la «Historia de los Girondinos.»

El destino de cada hombre será siempre un geroglífico de traduccion imposible. Todavía asombra la elevacion instantánea y sostenida del actual soberano francés, llamado un tiempo por Lamartine en son de ironía, «el aspirante á una corona.» ¿Creeis que no hierve toda una tempestad en esas altas inteligencias, llamadas Berryer, Villemain, Girardin, Mignet, Thiers? La elevacion á emperador del sobrino de Napoleon Bonaparte, la caída de la dinastía, que en el fondo del corazon todavía adoran, el perfecto acomodamiento de la Francia, este conjunto de contrastes, los tiene aun en el estado de la desesperacion. Alguno de ellos ha blasfemado en nuestra presencia; otros se han vuelto escépticos; otros han fallecido; Víctor Hugo morirá probablemente en el destierro. Creemos que en el fondo de este litigio hay mucho de personal: el mismo Hugo se ha profanado escribiendo insignes sandeces literario-políticas: fuerza es confesarlo: Napoleon III tiene el don que ha faltado á todos esos ilustres vencidos, el don de gobierno.

En una bella mañana del mes de Mayo, tocamos á la puerta de la casa de M. de Lamartine, y un conserje entrando en años abandonó su portería, á fin de abrir y de instruirse de nuestro deseo. La entrada era libre; M. de Lamartine,

ávido de suscritores, recibia á todo el mundo; atravesamos un patio, llegamos á un pequeño pabellon, quedó abierta una puerta de cristales, y un ayuda de cámara nos condujo á la habitacion del ilustre poeta. Diez minutos despues nos hallábamos delante de M. de Lamartine.

Alto, delgado, lento en el saludo, frente griega, cabello blanco, ojos llenos de altivez y dulzura, lábio dispuesto á la palabra, todo esto notamos inmediatamente en el hombre de que hablamos. Tenia un libro de lujo en la mano, y poniéndolo sobre una mesa, nos dirigió la palabra. Ya sabia yo (tuvo la bondad de decirnos) que un extranjero habia enviado sus obras literarias al Instituto, y he aplaudido mucho este acto de homenaje espontáneo: tambien sé que Villemain, el hombre que ha creado una literatura, ha apoyado vuestra candidatura, y que pertenecéis á una de nuestras Academias.—M. de Lamartine (le contestamos al eterno admirador de Byron), dejando aparte esa mencion, nuestro deseo fue siempre el de conocer al hombre autor de tan bella obra, y blanco de tantas desgracias actualmente. Es cierto (respondió) la humanidad es inesplicable, y el mundo no se apartará jamás de las escrituras: ¡Valle de lágrimas! pero hablemos de otra cosa. Siempre he tenido deseos de ver vuestra América: no la del Norte, sino la del Sur; creo que allí reina en toda su fuerza la naturaleza: grandes rios, grandes horizontes, nubes de fuego, fieras, bosques, aquello debe ser magnífico.

Y seguimos hablando sobre el bello continente descubierto por el hombre de quien ha escrito M. de Lamartine la biografía; despues trató de literatura francesa, diciendo así de Alejandro Dumas.

—Tiene una facilidad *ravissante*: tiene el don de interesar, pero es algo *sauvage*. Hablamos despues del «Curso familiar de literatura,» y nos dijo sonriendo.—No me atrevo á enviar ejemplares á Cuba; pues todavía no tengo suscritores; y acariciando un magnífico loro de Africa que tenia cerca, mientras dos hermosos galgos saltaban sobre él, nos despedimos del prodigioso autor de «una obra mensual por un tiempo ilimitado.»

M. de Lamartine nos hizo una grande impresion: era el tipo de *ange tombé*; otro Byron sin la vida de libertino del poeta británico; al volver á nuestra casa, pensamos lo siguiente, que pondríamos como epitafio en la losa que cubrirá algun día los restos del hombre de quien nos dijo su semi-enemigo el conde de Montalembert:

«Ha realizado con las tonterías de su edad madura la verdadera *chûte de l'ange*, del hombre, por otra parte, á quien recibió el gran naturalista Jorge Cuvier en la Academia francesa. Hé aquí lo que escribiríamos:

«Corriendo el siglo XIX, y reinando en Francia el emperador Napoleon III, hubo un hombre admirable, que fue fastuoso como un oriental, que fue político de inspiracion, y contuvo una revolucion que hubiera ensangrentado á la Europa: ese hombre, anciano por sus años y desventuras, quiso librarse de deudas que ascendian á millones de francos, y en el ocaso de su vida inventó escribir una obra mensual, y así pagó sus deudas enormes con un enorme caudal de inteligencia.

Ese hombre escepcional fue gran poeta, gran orador, gran pintor de la naturaleza, valiente en el peligro y político infortunado.

Sus enemigos le llamaban *le sublime vaniteux*: Y el mundo entero Lamartine.»

ANTONIO VINAJERAS.

DESPEDIDA

DE LOS DISTINGUIDOS ARTISTAS

Sra. Spezzia, Sr. Aldighieri y Selva.

Un acontecimiento de los que indudablemente formaran época en Valencia, tuvo lugar la noche del miércoles en nuestro elegante coliseo Principal, con motivo de ser la última representacion en que tomaron parte los notables artistas que han sido aplaudidos con tanto entusiasmo, como justicia, en todas las óperas en que han tomado parte.

Esta última noche se cantó el *Fausto* con una maestría indescriptible, y en todos sus detalles encontramos mas bellezas de ejecucion que las anteriores, como para demostrar al público que aun pueden conquistarse mas triunfos y mas entusiasmas aclamaciones.

La ovacion que tuvo lugar fue de las mas extraordinarias que hemos presenciado.

El Sr. Selva, que cantó como siempre admirablemente la magnífica ária infernal del segundo acto, que fue repetida á petición del público en medio del mayor entusiasmo, recibió al final de la misma dos preciosas coronas.

Pero el entusiasmo rayó en delirio el terminar la Sra. Spezzia el wals del tercer acto; en aquel momento empezó á caer á los pies de esta distinguida cantante una lluvia tal de ramos, que convirtió la escena en una verdadera alfombra de flores, siéndole tambien arrojada una bonita corona que recogió conmovida y en medio de bravos y de atronadores aplausos.

Tan extraordinaria ovacion alcanzó igualmente el Sr. Aldighieri, quien despues del ária del tercer acto fue tambien llamado al palco escénico recogiendo una preciosa corona que cayó á sus pies.

El Sr. Pavani recibió tambien justos y merecidos aplausos, siendo llamado á la escena en varias ocasiones, y con los demás artistas al final de la ópera.

En resumen, diremos que la ovacion fue completa y digna de formar época en nuestros fastos teatrales.

Concluida la funcion, las bandas de música de los regimientos de San Fernando, Mallorca, Iberia y Sevilla se hallaban á las puertas de la fonda Villa de Madrid, plaza de Villarrasa, donde se hospedaban los esposos Aldighieri, con objeto de dar á la Spezzia una serenata; pero la insistencia de la lluvia que caía y el haber aumentado al llegar á la fonda la distinguida artista, impidió el poderse verificar, ejecutándose, sin embargo, una pieza por las bandas de Mallorca y Sevilla, y retirándose luego por no poder continuar tocando.

La mayor parte de los jóvenes pertenecientes á las principales familias se presentaron en la fonda á dar á los artistas la mas cumplida enhorabuen, retirándose complacidos del fino trato y amabilidad con que fueron recibidos.

A todos les mandamos nuestros entusiastas bravos, y nos alegraremos llegue á ser un hecho su permanencia en esta capital durante la temporada cómica del año próximo.

El sábado han dado la primera funcion en el teatro de Alicante, donde indudablemente serán acogidos como en la patria del Cid.

De dicho punto adquiriremos noticias para comunicarlas á nuestros suscritores, y con placer seguiremos detallando sus triunfos.

G. FLORES.

PROPIETARIO: D. G. F.

Editor responsable: Pedro Mesonero.

Imprenta de El Avisador, á cargo de J. Peidró.